



Meditación para una boda

El amor es un mandamiento

por Dionisio Byler



Beatriz y Luis Alberto, supongo que al llegar a este día, ya habéis pasado por algunas sesiones de consejería prematrimonial. Suponiendo que esto es así, cualquier consejo que os pudiera dar ahora sería seguramente redundante. Sólo podría servir para enfatizar cosas que ya sabéis. Por otra parte, tampoco me hago muchas ilusiones de que sea posible que el día de mañana recordéis mis palabras, entre tantos sentimientos y cosas que estáis viviendo hoy.

Quiero empezar por leer tres pasajes muy breves del Nuevo Testamento, que sin duda os resultarán bastante familiares:

Romanos 13,8-10. *A nadie debáis nada aparte de amaros unos a otros; porque quien ama al prójimo ha cumplido la ley. Aquello de «No*

cometerás adulterio, no matarás, no robarás, no codiciarás» y cualquier otro mandamiento, en esta palabra halla su cumplimiento: Que ames a tu prójimo como a ti mismo. El amor no hace ningún mal al prójimo; por consiguiente, el cumplimiento de la ley es el amor.

Filipenses 1,9-10. *Y esto ruego a Dios, que vuestro amor vaya en aumento más y más todavía, con conocimiento y percepción para juzgar vosotros lo que conviene, para que seáis puros e íntegros en el día de Cristo.*

Juan 13,34-35. [Jesús dijo:] *Os pongo un mandamiento nuevo: Que os améis unos a otros. Como yo os he amado a vosotros, que así os améis unos a otros. Con esto todos se darán cuenta que sois seguidores míos, cuando entre vosotros hay amor.*

En principio, estas exhortaciones al amor mutuo no parecen tener en particular que ver con la relación de pareja. Estos versículos son todos mandamientos en general para la vida humana. Tal vez, más estrechamente, son mandamientos para la manera de

vivir en comunidad cristiana. Nada ahí de interés particular para la relación de pareja, ¿no?

O sí.

Al final la relación de pareja no deja de ser una relación humana. Una relación muy especial, sin lugar a dudas, pero que sigue siendo una relación humana. Muchas veces os parecerá, a cualquiera de los dos, que no, que es una relación extraña, una relación con un marciano o alienígena de vaya a saber dónde. Pero, obviamente, la relación de pareja es siempre una relación humana. Si además los esposos son ambos cristianos practicantes, es a la vez una relación dentro del seno de la comunidad cristiana. Por extraño que suene, entonces, el matrimonio cristiano es antes que nada una relación entre hermanos. Es una relación entre dos personas hermanadas por su fe en Cristo, hermanadas por su compromiso con Cristo.

Así que lo que os comparto ahora es aplicable a todos nosotros, en todas nuestras relaciones como seres humanos; y especialmente, tal vez, a todos nosotros en nuestras diferentes relaciones en el seno de la comunidad cristiana. Pero hoy quiero resaltar especialmente que si ya es cierto para cualquier otra relación, entonces cuánto más cierto es para la relación de matrimonio cristiano. Quiero enfatizar eso porque una de las cosas que he visto pasar alguna vez, es que en el roce continuo de la relación de matrimonio, un roce continuo que como todo roce puede derivar fácilmente en estrés y agobio y hastío, es fácil olvidar que ante todo es imprescindible respetar las maneras, las buenas formas universales de tratar al prójimo.

Por mucha intimidad que se comparta, por muchas horas de conviven-

También en este número:

Yo te alabo, tú me alabas (2/3)	3
Las buenas noticias de Isaías	4
Un mensaje de bienvenida	6
EME 2017	7
Diccionario: expiación	8

Este amor se muestra como amor cuando a pesar del enfado inicial con que reaccionamos a algo que ha hecho o dicho, nos dominamos y respondemos con amabilidad y respeto y consideración. Se muestra como amor cuando desarraigamos el rencor y recuperamos una predisposición positiva hacia la otra persona.

cia a lo largo de los años... Cuando lo que era una curiosidad medianamente irritante se puede transformar fácilmente en una irritación exasperante, lo que jamás puede desaparecer es el respeto y las buenas maneras y el trato digno que esperamos todos recibir de cada persona con que interactuamos. Esto es tan elemental que no parecería necesario decirlo. Pero sí. Es necesario. Es necesario porque el mucho trato y el mucho roce y los muchos años de convivencia y la mucha confianza nos pueden llevar a ignorar lo más esencial y elemental, que es que la otra persona sigue siendo digna de respeto y consideración y un trato, como mínimo, tan afable como el que trataríamos a un desconocido.

Cualquier forma de tratar a la pareja que nos avergonzaríamos de haber tratado así a un desconocido, naturalmente, debería avergonzarnos doblemente si tratamos así a un hermano de la fe cristiana, ni qué hablar de tratar así a nuestra pareja que Dios nos ha dado.

Y esto me trae al meollo de lo que quiero compartir hoy, que es muy sencillo y se puede decir en una afirmación breve: «El amor es un mandamiento».

El amor es un mandamiento. Lo podríamos dejar ahí, pero no, me extenderé todavía un poco más para explicar cómo es que se pueda mandar algo como el amor. Porque el amor normalmente se entiende como un

sentimiento inexplicable que nos inunda, no como una acción que se pueda mandar y obedecer.

Pero descubrimos que en la Biblia, el amor no es un sentimiento sino un mandamiento. Ahora bien: los mandamientos de Dios no tienen por finalidad generarnos frustración. Si Dios manda algo, tiene que ser posible cumplirlo. Yo diría que además, lo que Dios manda, no es extraordinariamente difícil de cumplir. Dios no nos pone metas casi imposibles, metas sobrehumanas que solamente unos pocos iluminados especiales conseguirán alcanzar. Dios no trata así a sus hijos. Como cualquiera de nosotros con nuestros hijos, Dios procura poner a sus hijos unas metas realistas, alcanzables, que les generen satisfacción y felicidad cuando lo consigan.

El amor al que nos manda Dios no es algo que nos pasa, algo que nos invade, algo que toma posesión de nosotros. Es una actitud que se puede adoptar, una forma de tratar al prójimo que se puede poner en práctica. El amor al que nos manda Dios es un trato deferencial, una disposición a considerar a la otra persona más que a uno mismo, la decisión a sacrificarse por el bien de la otra persona.

Este amor se muestra como amor cuando a pesar del enfado inicial con que reaccionamos a algo que ha hecho o dicho, nos dominamos y respondemos con amabilidad y respeto y consideración. Este amor se muestra como amor cuando en lugar de darle vueltas y vueltas y más vueltas al daño que nos han hecho, decidimos pensar en otra cosa y permitimos que ese daño vaya poco a poco desapareciendo de nuestra memoria hasta que ya, sinceramente, no nos acordamos más. Este amor se muestra como amor cuando desarraigamos el rencor y recuperamos una predisposición positiva hacia la otra persona. Se muestra como amor cuando compartimos gustosamente lo que tenemos. Se muestra como amor cuando nos interesamos en lo que le pasa, cuando nos compadecemos de su dolor y nos solidarizamos con ese dolor hasta dolernos nosotros también; o nos alegramos cuando las cosas le salen bien, y su felicidad se nos contagia. Se muestra como amor cuando en

lugar de envidia, sus éxitos nos producen satisfacción y contento.

Todo esto se puede aprender, se puede decidir, se puede controlar como es imposible controlar los sentimientos o el enamoramiento. Todo esto, en una palabra, se puede obedecer. Porque si el amor es un mandamiento, el amor es entonces algo que podemos vivir coherentemente, por obediencia.

Curiosamente nuestras decisiones, las actitudes que adoptamos porque queremos adoptarlas, la forma como elegimos comportarnos con el prójimo, todo esto acaba al final influyendo también en nuestros sentimientos. Si tratamos a alguien... —a cualquier persona pero también a la pareja— si tratamos a alguien groseramente, nos acabaremos sintiendo a disgusto en su presencia; su presencia nos incomoda. Pero si tratamos a alguien... —a cualquier persona pero también a la pareja— si le tratamos con elogios y gestos de afecto, nos acabaremos sintiendo muy a gusto en su presencia; su presencia nos produce placer auténtico, no fingido.

Hay amor, es verdad, que es puro sentimiento y arrebato inexplicable. Hay amor hormonal, amor animal, que es sencillamente las ansias biológicas de reproducción sexual. El enamoramiento es hermoso, una de las sensaciones más arrebatadoras de la experiencia humana. Parece ser, sin



embargo, que el enamoramiento es siempre de duración relativamente breve. Parece ser que nos es imposible a los humanos mantener durante mucho tiempo un nivel tan elevado de intensidad emocional o sentimental.

Hay quien es adicto al enamoramiento y cuando con su pareja actual ya no lo experimenta, considera que es necesario cambiar de pareja. Otra actitud diferente, por supuesto infinitamente más sana para la pareja casada, es aprovechar lo que dure el enamoramiento para construir esa segunda fase de la relación de pareja: la que ya no se alimenta de sensaciones fuertes de obsesión por la otra persona, sino del compromiso y la fidelidad; la lealtad a un proyecto común de construir una familia estable. Aprovechamos, entonces, esa primera etapa, para echar los cimientos de una relación de amor perdurable, que es equiparable a la obediencia al mandamiento divino a amar al prójimo más allá de sentimentalismos pasajeros.

Toda persona casada llega a cierto punto en su vida donde tendrá que decidir si seguir o no queriendo a la persona con que se ha casado. Recordando el día, el lugar y la ocasión cuando tuve que tomar la decisión de si acep-

tar definitivamente a la mujer con que estoy casado, o si dar pie, si dar cabida en mi interior, al sentimiento de desengaño, desilusión y hartazgo que luchaba por arraigar en mí. Tuve que decidir si estaba dispuesto a abandonar definitivamente mis sueños de la pareja idealizada de mis fantasías juveniles. Tuve que decidir si estaba dispuesto a aceptar definitivamente la persona de carne y hueso, en absoluto fantasía ni idealismo, con que me encontraba casado. Tuve que decidir si estaba dispuesto a aceptar que Connie no existe para mí. Que Connie existe para su Creador como ser humano íntegro, único, propio, con su propia razón de ser como proyecto divino, no mío. Tuve que decidir si aceptar que compartir la vida con esta persona creada por Dios y para Dios es un privilegio, no un derecho.

Quien aprende a amar como verbo, amar como decisión, amar como actitud vital, amar por obediencia al divino mandamiento, descubrirá que su vida se llena de amor. Y descubrirá como pedía el apóstol Pablo para los Filipenses, que ese amor sobreabunda cada vez más y más y más.

Esto es cierto en la vida en general. Es cierto en la comunidad de los que seguimos a Jesús. Pero no es menos

Toda persona casada llega a cierto punto en su vida donde tendrá que decidir si seguir o no queriendo a la persona con que se ha casado. [...] Tendrá que decidir si aceptar que compartir la vida con esta persona creada por Dios y para Dios es un privilegio, no un derecho.

cierto en la relación de pareja. Así que, Beatriz y Luis Alberto, os mando —no yo sino los apóstoles y el propio Señor Jesucristo— que os améis uno a la otra, una al otro, cada día de vuestra vida. Os mando —no yo sino el Señor— que vuestro amor aumente y abunde, que crezca. Os mando que cuando es difícil amar, tanto más améis como acto de obediencia y por pura coherencia cristiana. Y viviendo así, os puedo augurar un futuro envidiable como matrimonio.

Yo te alabo, tú me alabas (2/3)

por Félix Ángel Palacios

Seguimos con la alabanza, esa faceta tan importante en nuestra relación con Dios, que, como decíamos, consiste en manifestar nuestro aprecio, gratitud y admiración por lo que él es: «¡Señor! ¡Señor!, fuerte, misericordioso y piadoso...» (Ex 34,6-7). Por lo que hace: «Los cielos cuentan la gloria de Dios» (Sal 19,1). Y por lo que tiene: «... para que vean mi gloria que me has dado» (Jn 17,24). Dios busca nuestra alabanza. Es justo que lo hagamos pues, como sabemos, él es justo y toda injusticia es pecado (1 Jn 5,17), con lo que podemos deducir que no alabarle como se merece es pecado (Ro 1,18-21).

Es bueno alabar a Dios (Sal 92), pero nosotros también necesitamos ser alabados, reconocidos y puestos en

valor de la misma forma. ¿Por qué? Porque estamos hechos a su imagen y semejanza.

La psicología, como sabemos, insiste en lo bueno que es reforzar en

niños y adultos sus cualidades, lo que se hace bien, lo que se consigue en buena lid, etc., porque desarrolla la parte sana de nuestra alma y nos ayuda a crecer y fortalecernos en todo



tipo de virtudes. Esto, que forma parte de la psicoterapia moderna más básica, era ya una característica del cristianismo hace dos mil años. Mirad cómo alababan los apóstoles: «Mucho me regocijé cuando vinieron los hermanos y dieron testimonio de tu verdad, de cómo andas en la verdad» (3 Jn 1,3). «Doy gracias a mi Dios porque oigo del amor y la fe que tienes hacia el Señor Jesús y para con todos los santos» (Flm 1,4-5). «Doy gracias a mi Dios siempre por vosotros, por la gracia de Dios que os fue dada, porque en todas las cosas fuisteis enriquecidos en él» (1 Co 1,3-4). Alabanza que también Dios expresa hacia nosotros: «Bien, buen siervo y fiel...» (Mt 25,21). «Yo conozco tus obras, y tu arduo trabajo y paciencia...» (Ap 2,2-3).

¡Qué hermoso es oír estas cosas!, ¿verdad? ¡Cuánto bien nos hace! El apóstol Pablo reprochó a los corintios no haber sido alabado por ellos como debía: «Yo debía ser alabado por vosotros...» (2 Co 12,11). Y tú, hermano mío (hermana mía), ¿tienes a alguien que te alabe? ¿Hay a tu lado quien exprese verbalmente lo que vales, lo que eres, lo que haces, la benignidad de tus manos...? ¿Recibes la gratitud y la admiración que mereces? Probablemente me dirás que también tú tienes motivos para reprocharle a alguien que no te alabe como mereces. Pero, del mismo modo, a tu alrededor también habrá personas que podrían reprocharte a ti esa pobreza alabadora que te convierte en una persona injusta e ingrata.

Mira, ahí tienes a tu cónyuge, tu hijo o hija, tus padres, tu amigo o amiga, tu hermana o hermano en Cristo, tu pastor... Detecta la hermosura que tienen, su valía, sus dones, la caricia que te llega de Dios a través de

ellos. ¡Alábalos, pues están hechos a imagen de Dios y, como él, necesitan también recibir nuestra alabanza y reconocimiento! ¡Admira esas pequeñas o grandes virtudes que les asemeja a Cristo y con las que te bendicen a ti y a los demás! ¡Alábalos, por favor! Todos lo necesitamos como el comer o el respirar, porque nos hace justos y nos estimula a perseverar en lo que hacemos y en lo que somos. Pero alábalos sin pasarte de la raya ni ser zalamero ni superficial, pues eso quitaría valor a tus palabras.

¿Que eres incapaz de ver las cosas buenas de tu prójimo y de alabarle? ¿No puedes admirar a nadie porque tiendes a ver sólo sus defectos? Entonces, hermano mío, hermana mía, estás peor de lo que imaginas. Necesitas urgentemente limpiar tus ojos y pedirle a Dios que te sane tanto en lo mental como en lo espiritual.

¿Que no te sale mucho eso de expresar aprecio, gratitud y admiración? No te preocupes, sigue intentándolo. Alguien te agradecerá el esfuerzo. En la vida pocas cosas valen tanto la pena. Recuerda que se trata de aprender un nuevo idioma, el idioma de la alabanza, y que cuanto mejor lo manejemos, mejor alabaremos a Dios y más justos seremos con él, con quienes nos rodean y, sin ninguna duda, con nosotros mismos.

Si —triste de ti— no tienes a nadie que exprese su admiración por lo que eres o por lo que haces, has de saber que Dios es justo contigo y él sí te alaba en lo que es digno de alabanza, y que te vindicará cuando llegue el día en que las cosas se manifiesten (Mt 10,26). También te tienes a ti mismo para alabarte, como hizo el apóstol Pablo ante los corintios. Pero de esto hablaremos otro día.

Mira a los que tienes a tu lado. Detecta la hermosura que tienen, su valía, sus dones, la caricia que te llega de Dios a través de ellos. ¡Alábalos, pues están hechos a imagen de Dios!

Como hemos dicho (*El Mensajero* N° 163), la palabra griega *euaggelion*, de donde viene nuestro término «evangelio», significa «buena noticia» o «buen mensaje». En el libro de Isaías, en lo que se puede considerar como su segunda parte, nos encontramos con un hermoso pasaje en el que se nos describe la llegada de un mensajero que anuncia al pueblo las buenas noticias.

1. El mensajero por los montes

La primera parte del libro de Isaías se refiere a la época trágica en la que el reino de Israel, en el Norte, fue destruido por los asirios, y el reino de Judá, en el sur, fue también gravemente amenazado por ese imperio. Es la época en la que vivió el profeta. La segunda parte del libro de Isaías, a partir del capítulo 40, es muy distinta. Se la suele llamar el «Libro de la consolación de Israel», a veces se la atribuye a un autor distinto («Deuteroisaiás»), y se refiere a una etapa muy posterior, y muy diferente. Ya ha tenido lugar no sólo la destrucción del reino de Israel a manos de los asirios, sino también la destrucción del reino de Judá por otro imperio: Babilonia. Los babilonios, tras saquear Jerusalén y derribar su templo, se han llevado a miles de cautivos.

Ahora bien, el imperio babilonio fue a su vez superado por el nuevo imperio naciente: los persas. En esa situación, el pueblo judío pudo concebir nuevas esperanzas. El «Libro de la consolación de Israel» anuncia el fin del imperio babilonio. El exilio se acerca a su fin. En el capítulo 52, donde se encuentra el pasaje sobre las «buenas noticias», el profeta proclama la restauración de Sion (que es el nombre poético para Jerusalén) y la liberación gratuita de los cautivos. Y entonces nos dice:

«Qué hermosos son sobre los montes los pies del que trae buenas nuevas, del que anuncia la paz, del que trae las buenas nuevas de gozo, del que anuncia la salvación, y dice a Sion: “Tu Dios reina”» (Is 52,7).

Ahora entiendo el evangelio (2/20)

Las buenas noticias de Isaías

por Antonio González



Hay algunos aspectos de este texto que podemos considerar de una manera más detallada, por su relación con el evangelio:

1. Ante todo, el evangelio, las buenas noticias, consisten en un anuncio público, «sobre los montes». Estamos ante la tarea de un heraldo o mensajero que públicamente proclama las noticias, para que todos las puedan oír. En el versículo siguiente (52,8) se habla de los centinelas de la ciudad que reciben las buenas noticias gritando de alegría.
2. En segundo lugar, lo que proclama el mensajero no es un sistema de valores, o unos imperativos morales. No se trata de moral, sino de unas buenas noticias. La moral habla de lo que las personas tienen que hacer. Nadie da gritos de alegría porque le digan lo que tiene que hacer. En cambio, las buenas noticias sorprenden, y causan alegría, porque no hablan de lo que uno tiene que hacer, sino de lo que alguien ha hecho, o está a punto de hacer.
3. En tercer lugar, eso que se va a hacer tiene que ver con la idea de salvación. La salvación no se refiere, en este caso, a ir al cielo. En el Antiguo Testamento, o Antiguo Pacto, la salvación se suele referir a algún tipo de liberación concreta, como puede ser la libera-

ción de los enemigos (1 S 9,16; 10,27). En este caso, las buenas noticias hablan del final del exilio y de la opresión.

4. El evangelio no sólo tiene que ver con salvación. Lo que se anuncia también es la paz. El evangelio es evangelio de la paz (Ef 6,5). Las buenas noticias parecen incluir una referencia concreta a la paz. Tras una época de guerras, de opresiones y desastres, el evangelio proclama la inminencia de la paz.
5. Ciertamente, lo que el heraldo viene anunciando son buenas noticias de salvación y de paz. Sin embargo, cuando el mensajero habla, lo que literalmente dice es solamente una breve frase: «tu Dios reina». Esas son exactamente las palabras que pronuncia el mensajero.

Esto nos pone ante un aspecto que normalmente se suele pasar por alto respecto al evangelio. Y es que *el evangelio habla directamente del reinado de Dios*. Lo que las buenas noticias anuncian, en el caso de Isaías, es que Dios mismo viene a reinar. Y eso es una buena noticia.

2. Tu Dios reina

¿Por qué es una buena noticia que Dios venga a reinar? Para entender esto hay que repasar el modo en que Israel había experimentado su historia. Desde el punto de vista de la

¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del que trae buenas nuevas!

historia bíblica, Israel se había constituido, en virtud de la liberación de Egipto, sucedida muchos siglos antes, como un pueblo gobernado por Dios. En el libro de Éxodo se nos dice que cuando Moisés y María entonaron sus cantos de victoria, tras ver la derrota del ejército del faraón, Moisés terminó proclamando: «el Señor reinará eternamente y para siempre» (Ex 15,18).

Obviamente, también entonces se trataba de una «buena noticia». Era la buena noticia de la liberación del yugo de la esclavitud. El pueblo ya no estaba gobernado por el faraón, sino que pasaba, al otro lado del Mar de los Juncos, a ser gobernado directamente por Dios. Moisés no se convirtió en el rey de Israel. Fue Dios mismo el que se convirtió en el nuevo rey (Núm 23,21). Esto es justamente lo que expresa la Torah o Ley de Israel. Dios se convierte en el legislador, que hace un pacto con sus súbditos, y ese pacto se concreta en el cumplimiento de una ley, la «instrucción» (eso significa Torah) con la que Dios bendice a su pueblo.

Que Dios gobernara a su pueblo era algo bueno. Y era algo bueno porque la Torah, regalo de Dios a su pueblo, estaba diseñada precisamente para que el pueblo viviera en paz y en justicia. Muchas medidas de la ley de Israel se dirigían precisamente a evitar que, en el pueblo de Dios, se repitiesen las injusticias que se habían experimentado bajo la soberanía del rey de Egipto. De ahí, por ejemplo, las medidas relativas al trato de los esclavos y su liberación periódica. O las medidas sobre el regreso periódico de cada familia a sus tierras ancestrales (Lv 25,10).

La idea de Dios como rey llevaba implícita la idea de que el pueblo de

Lo que el heraldo viene anunciando son buenas noticias de salvación y de paz. Sin embargo, cuando el mensajero habla, lo que literalmente dice es solamente una breve frase: «tu Dios reina». Esas son exactamente las palabras que pronuncia el mensajero.

Dios sería básicamente un pueblo de hermanos, entre los que no habría relaciones de opresión. Se trata de un modo de pensar propio de Israel: si Dios es rey, no habrá mucho lugar para otros reyes. Si Dios es amo, no habrá mucho lugar para otros amos. O incluso lo siguiente: si Dios es el Guerrero, el «Señor de los Ejércitos» que nos ha sacado de Egipto, esto significa que él pelea las batallas de su pueblo (Ex 14,14), y que no se necesita de mucho ejército (Dt 17,16).

De hecho, la liberación de Egipto sucedió de esa manera: el pueblo no

tuvo que disparar una sola flecha ni lanzar una sola jabalina para conseguir la libertad. Muchas veces, a lo largo de su historia, el pueblo de Dios se hará esa misma reflexión: si Dios pelea por nosotros, la fe nos lleva entonces a reducir el ejército, y a confiar en Dios (Jue 7).

Esto es importante tenerlo en cuenta cuando se habla del Dios «violento» del Antiguo Pacto. Ciertamente, Dios aparece luchando por la libertad de su pueblo. Pero precisamente eso es lo que conduce a que el pueblo deba reducir el ejército, para fiarse de Dios, y no de sus propias fuerzas. A diferencia de lo que sucede en los mitos, el Dios guerrero no legitima la violencia, sino que más bien la cuestiona y la limita.

En general, en los mitos, cuando la divinidad presenta determinadas características, esto sirve para legitimar por qué esas características se dan en la tierra. Así, por ejemplo, si en el mito el Dios aparece como rey, eso legitima a los reyes que hay en la tierra. Si los dioses forman un panteón, esto legitima a la corte real, que refleja la estructura de ese panteón. Si Dios es un amo en el cielo, eso legitima la existencia de la esclavitud en la tierra.

En Israel sucede todo lo contrario. Si a Dios se lo imagina como rey de su pueblo, eso excluye que su pueblo tenga otros reyes. Esto es lo que sucede en el libro de los Jueces: se rechaza la introducción de la monarquía porque se entiende que Dios es rey (1 S 8; 1 S 12). Dicho en otros términos: el reinado de Dios es exclusivo. Por cierto, esto es justamente lo que significan los «celos» de Dios. Dios no admite otros señores. El reinado de Dios es un reinado en el que no hay más que un Señor, que es Dios mismo.

3. Preguntas para la reflexión

- ¿Piensas que el evangelio es algo público o privado? ¿Por qué?
- Cuando te han presentado el evangelio, ¿te han hablado del reinado de Dios?
- ¿Qué significaría anunciar el evangelio en público en tu caso concreto?
- ¿Qué tiene que ver el evangelio con la paz? ¿Por qué?
- ¿Qué tiene que ver el evangelio con el reinado de Dios?
- ¿Por qué el reinado de Dios es una buena noticia?

Un mensaje sencillo de bienvenida, ¡ahora más que nunca!

Walt Wiltschek, en la web de Mennonite Church USA

Harrisonburg (Virginia, EEUU), 7 de febrero — ¿Quién se hubiera podido imaginar que once palabras en un letrero pequeño de cartón, acabarían teniendo un impacto monumental? Sin embargo, como el grano de mostaza bíblico, una idea pequeña que empezó hace un año y medio en una iglesia menonita del valle del río Shenendoah, ha hecho mucho bien.

Matthew Bucher, pastor de la iglesia Immanuel Mennonite Church en el centro de Harrisonburg, cuya asistencia media es de entre 35-40 personas, dice que el único secreto es ser fieles.

—Una afirmación que es medular para la identidad de nuestra iglesia es: «Personas de verdad que siguen el llamamiento radical de Jesús al amor

y al servicio» —dice Bucher—. Queremos estar presentes con los que tenemos más cerca, los más próximos.

Para la iglesia Immanuel, eso incluía las muchas familias de inmigrantes presentes en su barrio urbano.



El resultado fue el primer letrero, escrito a mano sobre madera en el frente de su iglesia en septiembre de 2015, con un mensaje de bienvenida en español, inglés y árabe, los tres idiomas más hablados en el barrio, según Bucher, que además de haber estudiado en el Centro por la Paz y Justicia de la Universidad Menonita del Este, ha pasado cuatro años en Egipto y habla árabe.

El mensaje sencillo del letrero es: «No importa de dónde eres, estamos contentos que seas nuestro vecino».

Ese acto de testimonio no tardó en llamar la atención —una atención sobresalientemente positiva— y empezó a multiplicarse, cuando otros empezaron a solicitar copias del letrero. En vista de la atención renovada en cuestiones de inmigración en las últimas semanas en EEUU con el veto del nuevo gobierno a la entrada de

ciudadanos de siete países de mayoría islámica, ese testimonio ha crecido exponencialmente.

—El interés ha alcanzado un pico dramático en estas dos últimas semanas —dice Bucher.

La última vez que hicieron cuentas, hace cuatro meses, Bucher dice que se habían distribuido más de 4.000 letreros por todo el país. Ahora calcula que el total sobrepasa los 6.000. La iglesia Immanuel ha vendido unos 1.700 letreros de la primera impresión encargada a una empresa local de fábrica de letreros. El Parvulario Roberta Webb, que comparte el espacio de la iglesia, ha vendido otros 800. Las iglesias del distrito de Harrisonburg y otros socios han echado una mano con la distribución. Los fondos vienen de un precio de 10 dólares por letrero; todas las ganancias por encima de gastos, se donan a organizacio-

nes locales de servicio, o bien a la ONG internacional Comité Central Menonita.

—Yo entiendo que se trata de personas que siguen a Jesús, que quieren representar simbólicamente, de alguna manera, lo que significa seguir a Jesús —opina Bucher—. Es quien somos.

Dice que están preparando más proyectos de solidaridad. Por ahora, los letreros siguen dando testimonio. Cada letrero a tres colores comunica su mensaje de bienvenida en tres idiomas; y ahora hay disponibles versiones con un total de nueve idiomas: el hindi, el somalí y el chino se encuentran entre las últimas variantes que se han ido confeccionando por pedidos especiales. Están a la venta en todo EEUU, por medio de diferentes webs de internet.

EME 2017

Abel Suárez, por el equipo de trabajo

El Encuentro Menonita Español, **EME 2017**, se acerca y desde el equipo organizador queremos animaros a participar en el encuentro que haremos en Comarruga, Tarragona, del 28 de abril al 1 de mayo.

Estamos trabajando con mucha ilusión las tres comunidades de Barcelona: Amor viviente, Buen pastor y la CEM (Comunidad Evangélica Menonita), y todos nosotros recordamos con mucha ilusión el último EME en Burgos. Allí vimos el buen trabajo que realizó el equipo organizador y la

verdad es que aunque Burgos dejó el listón bien alto, confiamos que con la ayuda del Señor y el esfuerzo de todos podremos acercarnos un poco a esa altura.

Este año EME será en un hotel delante de la playa y esto supondrá algunos cambios, aunque deseamos que esta nueva experiencia también sea muy positiva; poder gozar de un buen entorno y ver la maravillas naturales del Señor también nos debe invitar a alabarle. Las buenas instalaciones del hotel —de 4 estrellas— nos

harán estar cómodos y confiamos en que facilitará la comunión y el poder gozarnos de la presencia de hermanos y hermanas de diferentes lugares. Desde el equipo organizador esperamos que estos cambios sean para bien.

El tema que hemos escogido para este año es: «Desafíos para la Iglesia Hoy». Esperamos que, en este Encuentro Menonita Español, Dios nos desafíe y podamos escuchar su voz para comprender lo que el Señor espera de nosotros.

Para acabar, os queremos animar a apuntaros cuanto antes, para no perder la oportunidad de venir a un precio muy asequible (las plazas son limitadas) y permitiros servir de la forma más adecuada. Y lo más importante: contamos con vuestras oraciones por el equipo organizador y por todos y todas los que han de asistir a EME 2017, para que podamos disfrutar y descubrir juntos lo que Dios quiere de la familia anabautista en España.

¡Os esperamos!



Diccionario de términos bíblicos y teológicos

expiación — La «doctrina de la expiación» vendría a ser la forma como explica la teología cristiana una serie de datos de información bíblica sobre el pecado de la humanidad (y de cada individuo en particular), la obra de Cristo —en particular su muerte en la cruz—, el perdón divino, y el «hacer justos» a los pecadores.

Para que la explicación resulte satisfactoria, tiene que casar con cierta verosimilitud, con la diversidad de imágenes o metáforas que emplea el Nuevo Testamento para relacionar nuestro pecado y perdón, con la obra de Cristo.

La forma de expresar esta doctrina cristiana adopta históricamente dos vertientes principales:

Explicaciones *objetivas*, donde se entiende que el pecado ha elevado una muralla entre Dios y nosotros, una culpabilidad objetiva, real y gravísima, cuyo producto es «la ira de Dios». Esta barrera es insalvable a no ser que Dios mismo tome medidas para borrar nuestras culpas y hacernos aceptables para relacionarnos con Dios como hijos.

Explicaciones *subjetivas*, donde la barrera no está ahí fuera, como una muralla invisible entre Dios y nosotros. Sería al contrario una barrera interior, actitudinal, en el corazón humano. Entonces el amor y la gracia de Dios derriten nuestras reservas y celos, enterneciéndonos para responder y relacionarnos con él. No sería Dios el que tiene que cambiar (abandonando su «ira»), sino que somos nosotros los que tenemos que cambiar (abandonando nuestra rebeldía).

Una de las explicaciones que más interesaron en los primeros siglos fue la de Jesús como rescatador de los cautivos de Satanás. Satanás nos tendría cautivos (al pecado, y por consiguiente, a la muerte) pero al ofrecerse Jesús el Hijo de Dios a entregarse por nosotros a cambio de que nos dejara en libertad a los demás, Satanás se frotó las manos y aceptó el trato. Pero descubrió que no era capaz de retener a Jesús en sus dominios, de la muerte, y Jesús se le escapó resucitando. Cayó

en desprestigio esta explicación, sin embargo, porque por una parte parecía obligar a Dios a negociar con Satanás para obtener nuestra liberación, y por otra parte hacía de Cristo un negociador deshonesto, prometiendo algo que no pensaba cumplir.

La explicación teológica más difundida de la expiación se conoce como de «satisfacción». Fue elaborada en la Edad Media por Anselmo de Canterbury. No es propiamente una idea bíblica en sí, aunque reúne muchos elementos que sí aparecen en el Nuevo Testamento. Anselmo imaginó un tribunal de justicia donde Dios es a la vez el demandante por daños y perjuicios, el juez y ejecutor de la sentencia, y un tercero que se ofrece para cumplir él la condena en lugar del condenado.

Los daños y perjuicios que ocasiona a la gloria y soberanía de Dios el pecado humano, tiene una única sentencia posible. Ese agravio sólo se puede satisfacer —como cualquier agravio al honor de un soberano en la Edad Media— con la muerte.

Pero, y esto es lo esencial para esta explicación, no es obligatorio que sea el culpable en persona el que pague. Como cuando se paga una multa, lo importantes es que la condena se cumpla y el demandante se dé por satisfecho. En teoría podría morir cualquiera por cualquier otro, excepto que toda la humanidad ya tenemos que pagar por nosotros mismos y nadie tiene una vida extra que donar a favor de otro. Pero el Hijo, que no tiene culpa propia, asume él la culpa de todos nosotros y padece él la muerte de todos nosotros. Dios se da por satisfecho y nosotros nos libramos de la condena de muerte.

Naturalmente, las presuposiciones medievales acerca de cómo funciona la justicia, la cuestión del «honor» de un soberano, y la aceptación de la muerte de un inocente mientras se libra el culpable, se ven de manera muy diferente donde la justicia no funciona así. Por ejemplo en sociedades que hemos eliminado la pena de muerte y jamás se nos pasaría por la cabeza aceptar a sabiendas que se

ejecute a un inocente. Una explicación que en la Edad Media parecía explicarlo todo, a nosotros hoy día nos provoca más inquietud y rechazo, que satisfacción intelectual y moral.

Me parece que sería útil, en estas cuestiones, volver a vincular estrechamente la cruz de Cristo y la cruz de sus seguidores, como Cristo mismo lo vinculaba. Cristo aceptó su muerte con mansedumbre, entendiéndolo — como también lo entendía Caifás al decir que era mejor que muriera uno solo y no todo el pueblo— que existía un peligro real de que el ejército romano aprovechara el desorden en Jerusalén, para intervenir con la brutalidad mortal que le era característica. Murió él por su pueblo, y al hacerlo y resucitar, nos salvó del temor a la muerte que nos tiene cautivos en hábitos de egoísmo e insolidaridad.

El pecado de la humanidad es gravísimo y tiene consecuencias mortales. Pero la dinámica de Cristo «en nosotros» y nosotros «en Cristo», nos hace obedientes para participar con él en el sacrificio a favor del prójimo, a la vez que nos hace hijos amados para participar con él en la resurrección. Se puede decir mucho más, pero esto también es necesario decirlo.

—D.B.

EL MENSAJERO es una publicación de AMyHCE (Anabautistas, Menonitas y Hermanos en Cristo – España).

c/ Estrella Polar, 10
09197 Quintanadueñas (Burgos)

Director: Dionisio Byler

Las opiniones aquí vertidas no son necesariamente las mantenidas por las Iglesias de AMyHCE ni por el director.

De distribución gratuita en las Iglesias de AMyHCE.

www.menonitas.org